



OLGA SALAR

*Una noche
en el Edén*



OLGA SALAR

*Una noche
en el Edén*

Una noche en el Edén.

©2018, Una noche en el Edén © 2018 Olga Salar.
Registro en SafeCreative. Código de registro: 1608048536551.
Imagen original vectorial: AdobeStock.
Diseño ©Lorraine Cocó.

Índice

[Prólogo.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo.](#)

Prólogo.

Me niego a quedarme en casa esta noche solo porque mis amigas me dejen colgada en el último minuto.

Llevo toda la semana arreglando ramos y centros de flores para tenerla libre y pienso desquitarme de los arañazos que tengo en las manos, bailando sin parar hasta acabar con los tacones en las manos y los pies descalzos.

Además, estoy segura de que en el Edén me encontraré con algún conocido que me alegre la velada y que me ayude a descargar la tensión que me invade desde que me atreví a abrir mi propio negocio.

No es que no me vaya bien con él, pero lo cierto es que no contaba con que los primeros meses iba a ganar lo justo para cubrir gastos. Aun así, no pienso rendirme. No es mi estilo, ni lo ha sido nunca. Si quiero algo doy guerra hasta que lo consigo y cuando por fin está en mis manos no permito que se me escape de ellas, cueste lo que cueste.

Por eso me niego a quedarme en casa atiborrándome de helado y viendo películas tristes en la televisión. Después de todo llevo semanas acudiendo al local. Prácticamente desde que lo inauguraron la noche de Halloween. Por lo que conozco bastante a la gente que se mueve por allí y, estoy segura de que no pasaré la noche sola.

Con esa intención me planto el vestido negro que me compré para la ocasión, mis tacones más altos y le lanzó un beso a la imagen que el espejo me

muestra.

Mi melena castaña está ligeramente ondulada, con ese look despeinado que me cuesta horas conseguir, y me he pintado los labios rojos para causar impresión. No hay duda de que estoy lista para lo que sea que, esta noche, me ponga delante el destino.

Capítulo 1

El Edén está hoy a reventar de gente, lo que por un lado está genial, ya que es probable que conozca a alguien interesante y, por el otro es un rollo porque bailar es casi imposible.

Aun así, la pista está repleta de parejas que se restriegan y se sonríen prometiéndose más que un simple baile. Lo que unido a que llevo esperando en la barra por lo menos cinco minutos a que el camarero me atienda, logra que esté de un mal humor preocupante. Me he planteado probar suerte en la otra barra, pero allí las camareras son mujeres y estoy segura de que me tocaría esperar el doble que en esta.

Es la primera vez que me pasa. Normalmente en cuanto me acerco a la barra, el camarero de turno deja lo que está haciendo para mirarme con cara de interesado e intentar complacerme con rapidez. Y no voy a negar que eso me encanta. No soy ninguna hipócrita, me gusta que los hombres me admiren, por eso me tomo mi tiempo para estar perfecta.

«Este camarero es gay seguro», me digo enfadada por su indiferencia, aun así me miro en el espejo del fondo de la barra para asegurarme de que todo está en su sitio. Mi pelo sigue brillante y sedoso y mi barra de labios está impecable.

Mientras espero no le quito ojo al chico moreno que está parado junto a mí y que me mira tan disimuladamente como lo hago yo. Cuando por fin me

decido a sonreírle salva la escasa distancia que nos separa y me pregunta mi nombre.

Su voz es suave, sensual y me hace pensar en caramelo líquido derramándose por su cuello... Vuelvo a la realidad de golpe, le contesto amablemente y le interrogo por el suyo.

—¿Te estás burlando de mí? —le pregunto un pelín molesta. «¿De verdad se cree que está siendo original? Porque puedo asegurarle que no es ni el primero ni el último en gastarme la maldita broma.»

—Te prometo que no, me llamo Adam. Lo juro, ¿quieres ver mi carnet de conducir? —me ofrece y siento que realmente es sincero.

O si no es un actor excelente. Sea como sea es demasiado interesante como para enfadarme con él.

—Vale, te creo, no te imaginas la de veces que me han dicho que se llamaban Adán en cuanto les he dicho mi nombre —le explicó más relajada

—Pues yo no he tenido tanta suerte. Me hubiera gustado encontrarme en tu situación alguna vez. Ya sabes, *me llamo Eva y tal...* —sé que está siendo amable, porque es imposible que ninguna mujer se le haya tirado a la yugular nunca, es guapo. ¡No qué narices! ¡Está buenísimo! Es la expresión más exacta para referirse a él—. Aunque he de reconocer que sí que conocí a una Lilit. — Me dice y me esfuerzo en dejar de mirarle y hacer caso a lo que me está diciendo.

—¿Lilit?

Él me mira sorprendido. Al parecer la tal Lilit es famosa porque le parece raro que yo no sepa quién es.

—Según el folclore judío, Lilit fue la primera esposa de Adán, anterior a Eva. —Me explica y se encoge de hombros. Como si le diera igual lo que diga ese maldito folklore que me acaba de chafar la noche.

—¿Estás tratando de ponerme celosa? —le digo en un coqueteo escandaloso.

—¿Está funcionando? —Sonríe de un modo que convierte en papilla a mi cerebro.

Normalmente me gustan los hombres bien afeitados, pero esa barbita de varios días que luce y esos ojos grises con que me mira me están poniendo muy, pero que muy ¿feliz? ¿Contenta? ¿Nerviosa? Todo eso y mucho más, seguro.

De repente me enfado conmigo misma por ser tan prudente hasta con el pensamiento, nadie me va a escuchar si lo digo con todas las letras, así que me lanzo mentalmente a confesarlo: Adam me está poniendo cardiaca, que, aunque tampoco es la palabra concreta, al menos se acerca más a la realidad que ha hiper sensibilizado mi piel.

—No te creo —le espeto decidida—, seguro que alguna vez te han ido con el cuento.

—Me hieres. —Dice mientras se lleva una mano teatralmente al pecho.

No esperaba esa reacción, así que me río, que conste que no lo hago porque sé que tengo una risa atractiva, que me lo han dicho muchas veces. Me

rio porque de verdad me parece gracioso su gesto.

Me doy cuenta que retiene el aliento y que lo deja escapar de golpe cuando paro de reír y le miro con fijeza.

—Tienes el nombre perfecto para ti. —Dice y aunque entiendo por dónde va, le pregunto para que me lo diga con todas las letras.

Ya he dicho antes que me gustan las cosas por su nombre y los piropos prefiero escucharlos no imaginármelos.

—¿Por qué? —digo fingiendo inocencia

—Eres realmente tentadora —señala sin apartar sus ojos de los míos—.

Cualquier hombre cuerdo arriesgaría el paraíso con tal de complacerte.

Me siento osada y me decido a replicarle:

—Y tú tienes el nombre perfecto para caer en mi tentación. —Me encanta haberle pillado desprevenido, esta no se la esperaba.

—Creo que ya lo he hecho. —Dice mirando mi boca y ahora a la que han pillado desprevenida es a mí.

Me apoyo contra la barra a la que había ido a pedir mi mojito, con miedo a que las rodillas me fallen y hacer el ridículo tambaleándome sobre mis tacones. Se supone que soy una mujer segura de sí misma que sabe lo que vale, pero este hombre me está derritiendo el cerebro y lo que no es el cerebro.

Adam se acerca lentamente sin perder el contacto visual y me encuentro rezando para que me bese, de una vez.

Parece que por fin Dios, Buda, Mahoma o quién sea que ande con la

antena puesta, me escucha, porque con lentitud baja su cabeza hasta ponerla a mi altura y presiona su boca contra la mía.

No sé a qué sabe la tentación, pero si realmente tiene algún sabor seguramente sea el de Adam.

Cuando noto su lengua en mi boca todas las partes importantes de mi cuerpo se vuelven líquidas y el pensamiento de qué más será capaz de hacer con su lengua consigue que el calor esté a punto de asfixiarme.

Cuando nos separamos, y lo hacemos porque ir más allá en medio de una discoteca es una completa locura, veo que tiene los ojos brillantes y plagados de deseo. Seguramente igual que tengo yo los míos. Porque no hay nada ahora mismo que deseé más que sentir el peso de Adam sobre mí.

Nos giramos al tiempo cuando el camarero, un tipo vestido de negro, con el cabello teñido de rojo y de punta, se planta frente a nosotros y pregunta qué nos sirve:

—¿Cuál es el cóctel de la noche? —pregunta Adam. Yo no tengo que preguntar, sé que quiero un mojito.

Llevo esperándolo horas.

—El Red Apple. —Responde el camarero y antes que ninguno de los dos pueda decir nada nos cuenta lo que lleva: Vodka, jarabe de manzana, lima y unas gotitas de ron blanco.

La madre que... ¿El destino tiene ganas de cachondeo? ¿Jarabe de

manzana? ¿En serio?

—Yo quiero uno. —Le pido olvidándome del mojito y de todo lo demás.

—Que sean dos. —Dice Adam sonriendo. Seguro que está pensando que los cocteles son cosas de chicas.

—¡Marchando! —contesta el tipo con una sonrisa misteriosa.

Para ser sincera es la primera vez que lo veo en el Edén, a lo mejor por eso ha pasado de mi hasta este momento. Por lo que me relajó un poco, tranquilizándome al pensar que no he perdido mi encanto.

—Creo que es la noche más rara de mi vida. —Le digo a Adam en cuanto el camarero desaparece para prepararnos las bebidas.

—Cierto, pero yo estoy encantado con ella. —Comenta con una sonrisa que funde cada una de mis neuronas.

No tengo tiempo de decirle que yo también lo estoy, me coge de la cintura y me arrastra hasta que me deja pegada a su cuerpo musculoso. Me besa y siento un escalofrío que me recorre la espalda.

Escucho un siseo extraño y cuando por fin nos separamos me giro para ver al camarero sonreír siniestramente.

Sus ojos tienen un brillo especial y casi me caigo de espaldas cuando lo veo sacar la lengua para humedecerse los labios, es fina y está partida en dos, me recuerda a las de las serpientes. Hay que ver lo que hace la gente por ser original.

Cuando sus ojos brillan con el mismo color que su cabello me obligo a pensar que es una ilusión óptica producida por el alcohol que aún no he

consumido.

Descarto pensar más en ello, Adam es lo único importante esta noche, y tomo la copa que me está tendiendo. El camarero me sonrío cuando la acepto y siento que me he perdido algo, aunque no sé qué es. Sea lo que sea le ha puesto de un humor extraordinario.

—Que lo disfrutes. —Me dice con una sonrisa.

—Gracias.

Adam me toma de la cintura y nos movemos hacia la pista de baile, la noche no ha hecho más que empezar y yo ya tengo la manzana y a Adam junto a mí.

Capítulo 2

Me deslizo por la pista de baile al ritmo que marca la música y los acelerados latidos de mi corazón. Me siento acalorada y sé que no es por el ejercicio sino por la presencia de Adam a mi lado. Es la sensación más electrizante que he sentido nunca.

Su cálido aliento roza mi nuca cuando me aparto el pelo intentando refrescarme, apuro la copa de un trago y estoy tentada de ir a por otra, pero no quiero separarme de Adam, así que me quedo donde estoy.

Nunca hubiera imaginado que el vodka, el jarabe de manzana, el hielo picado y el ron, harían que me sintiera como me siento en este momento, poderosa, sensual y capaz de conseguir lo que me proponga.

Es como si bebida hubiera despertado esa parte de mí que no dejo aflorar nunca. Soy una mujer atractiva, lo sé porque los hombres suelen decírmelo. No obstante, siempre me embarga un poco de temor cuando un tipo se acerca a mí, porque tengo la extraña sensación, desde siempre que, si dejo ver a mi yo real, a la Eva auténtica, más de uno saldría corriendo en la dirección opuesta.

Sonrío al pensar que Adam no es como los demás. Apenas nos conocemos y, aun así, tengo la sensación de que sé perfectamente cómo piensa.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando noto las manos de Adam en mi cintura, me acercó más a él, poco me importa que la música no pegue con

nuestros movimientos, lo importante es sentirlo cerca. Cuanto más cerca mejor.

—¿Vamos a otra parte? —me susurra en el oído y sus palabras son más incitadoras que la música que suena de fondo.

—Ya era hora de que lo propusieras. —Le contesto y me agarro a su mano para no perderme entre la gente.

Está conduciéndome hacia los reservados, pero antes quiero hacer otra cosa. Me paro y cuando nota lo que he hecho hace lo mismo y me mira interrogante.

—¿Pedimos antes otra copa? —pregunto convencida de que a él también le apetece. No sé el motivo por el que lo sé, pero el caso es que estoy segura de ello.

No me defrauda.

—Buena idea —responde y nos dirigimos de la mano nuevamente a la barra.

Antes de que lleguemos el mismo camarero de pelo rojo intenso se para ante nosotros. Sorprendente, teniendo en cuenta lo mucho que me costó llamar su atención la vez anterior.

—¿Lo mismo que antes? —pregunta con esa sonrisa que tanto me saca de quicio.

Sus ojos brillan incluso en la oscuridad, sin embargo, no parecen tan irreales como la primera vez.

—Sí, por favor —Adam no parece sorprendido de que lo haya adivinado

o siquiera de que recuerde lo que hemos tomado habiendo tanta gente en el local, pero yo sí que tengo la sensación de que hay algo raro en él.

Como si supiera que sospecho de él, el camarero se pone a preparar delante de nosotros nuestros combinados, no pierdo detalle de sus manos y compruebo que no echa nada extraño en nuestra bebida. Sea como sea, el tipo no me da buena espina.

Y no se trata de su aspecto, nunca juzgo a las personas por la ropa que lleven, el pelo, los piercings o los tatuajes. Por desgracia para mí ellos mismos se delatan con sus actos y sus palabras. Así que sé que lo que me inspira el camarero no son prejuicios, es algo más... aunque no sepa el qué.

Trato de relajarme al comprobar que la bebida está limpia.

«No te engañes, Eva, tu sofoco es natural, estás con un chico fantástico, el Edén está repleto y es sábado noche, todo es completamente normal», me digo mentalmente mientras espero impaciente a volver a tener mi copa en las manos.

Cuando por fin llegamos a unos de los sofás de los reservados me dejo caer y doy un sorbo a la bebida. Está tan deliciosa como la recordaba, o quizás más. Noto que Adam me mira fijamente:

—¿No quieres? —le digo mientras señalo su copa.

—De acuerdo —me contesta mientras se acerca despacio, muy despacio hasta pararse a un escaso centímetro de mis labios entreabiertos—. A ver déjame probarlo— me dice con una sonrisa irresistible.

Sin pensármelo mucho doy otro sorbo y me lanzo a atacar su boca, que él me ofrece sin reservas. El sabor de la bebida se mezcla con el suyo propio y siento que el calor me funde las entrañas. No puedo parar de besarle a pesar que sé que estamos en un lugar público, a pesar que necesito coger aire para respirar...

—No sé qué me pasa contigo, pero como no pares de besarme ahora, estoy seguro que terminaré haciéndote el amor sobre este sillón. —Me dice con la respiración entrecortada.

—¿Sería eso tan malo? —le provoco con una sonrisa.

—Eres tentadora, muy tentadora. Pero sí, estoy seguro de que si hiciera lo que deseo hacerte en público íbamos a acabar la noche entre rejas.

Suelto una carcajada.

—Pues vámonos —le propongo sorprendiéndome a mí misma—. Si crees que es mejor sin público por mí, perfecto.

No me da tiempo a arrepentirme, se levanta decidido y me coge de la mano para ayudarme a ponerme en pie.

Por alguna siniestra razón, clavo la vista en la barra cuando pasamos por delante de ella, camino de la puerta y, como no, el camarero me está mirando.

Decido que no debía ser tan gay como había pensado anteriormente porque está claro que me mira a mí y no a Adam.

Sonrío ante la idea y veo como él se lleva la mano a la frente y me hace un saludo militar de despedida.

Un escalofrío me recorre la espalda, un escalofrío que me acompaña hasta que finalmente dejamos el Edén.

Capítulo 3

A este paso sé que no llegaremos a su coche nunca, pero sinceramente, no me importa. Cada uno de los besos que nos damos hace que me sienta como jamás me he sentido, como si hubiera encontrado esa parte de mí que siempre me ha faltado y de la que siempre he sido consciente.

Parece un chiste del destino que Adam se llame así. Es como si Dios se estuviera riendo de mí en este momento.

Adam se separa de mis labios y me coge de la mano sonriendo, su risa me calienta el corazón y las entrañas.

—¡Vamos! —me insta a que me dé prisa.

A pesar de ello seguimos parándonos cada tres metros para besarnos, y yo estoy tan acelerada que siento que puedo romperme en pedazos si no me toca como necesito que lo haga.

Cuando finalmente llegamos a su coche, un increíble BMW plateado de alta gama, me siento nerviosa y temblorosa. Ni siquiera sus deliciosos besos me han hecho sentir así y eso que en algunos momentos he tenido que agarrarme a sus hombros porque sentía que mis rodillas no iban a poder sostenerme.

Pero ahora estoy agitada y nerviosa, mi cuerpo se anticipa a lo que sé que va a suceder y no tengo paciencia para esperar.

Ninguno de los dos se molesta en fingir que vamos a alguna parte, abre la puerta y los dos vamos directos a los asientos traseros. Agradezco al cielo que

tenga las lunas tintadas y que en esta parte del parking apenas haya luz y mucho menos coches, porque sé que, aunque hubiera sido la zona más transitada del Edén me hubiera dado igual. De hecho, mi propuesta anterior era cien por cien auténtica.

Le deseo y eso es lo único que me importa ahora mismo.

Una vez dentro le quito la llave de la mano y acciono el cierre centralizado. Saber que estoy encerrada con él en este pequeño espacio, que está tan cerca de mí, me excita.

Me pego a él todo lo que puedo, su olor inunda mis fosas nasales y se me hace la boca agua recordando el sabor de sus labios e imaginando cómo sabrán otras partes de su cuerpo que deseo probar.

Adam sonríe como si hubiera escuchado mis pensamientos y deja de tocarme, se sienta derecho y me mira a los ojos, sé que me está otorgando el control y sé que voy a aprovecharlo. Con mucho cuidado, de forma sinuosa me siento a horcajadas sobre él, tan despacio que noto cada pulgada de su cuerpo durante mi movimiento. Escucho el jadeo que escapa de su boca entreabierta y repito el movimiento, esta vez sin moverme del sitio, anclada entre sus piernas.

Mi boca recorre su garganta y viaja hasta su oreja, me entretengo en el lóbulo, lo mordisqueo con cuidado sin dejar de moverme contra él. Restriego mi necesidad con la suya y la dureza de sus vaqueros araña mis muslos desnudos.

Esta vez la que jadea soy yo, cuando su mano se mete bajo mi vestido y me recorre la espalda de abajo a arriba. Noto cómo sus manos se deslizan por

mis costillas en busca de mis pechos, pero pasa de largo provocando mis quejas.

Abro los ojos y le veo sonriendo. Tira de la parte de inferior de mi vestido y me lo saca por la cabeza.

Ahora sí, me digo, ahora va a tocarme donde quiero que lo haga...

Pero vuelve a evitar la zona que deseo que acaricie. Siento sus manos en mi trasero, me empujan suavemente, de manera que noto aún más profundamente la dureza que aún esconde su pantalón.

—Quítatelos —le pido en un susurro.

Él obedece, sin apartarse de mí. Los desabotona y se los baja, junto a ellos van los bóxer blancos que lleva. Me sorprende cuando vuelvo a posarme sobre él, mi tanga ha desaparecido y ni siquiera me he dado cuenta de ello.

Me deslizo sobre él para sentarme a su lado, pero Adam me coge de la muñeca y me lo impide:

—Ahora mismo no creo que pueda aguantar lo que tienes en mente —me comenta con una sonrisa pícaro que me fascina—. Ven aquí, conmigo —me pide con la voz ronca.

Vuelvo al mismo sitio que he ocupado desde que hemos llegado y por fin, toma uno de mis pezones con su boca, cuando se cansa de él hace lo mismo con el otro, mientras que yo apenas soy capaz de hacer que entre aire a mis pulmones.

—Te deseo. ¡Ahora! —le pido con la voz entrecortada.

Adam se agacha en busca de su pantalón y saca un preservativo. Me doy

cuenta del temblor de sus manos y sé que no son nervios, sino deseo, porque yo me siento igual. Temblorosa y ansiosa a partes iguales.

No puedo esperar quieta mientras se lo coloca, así que meto las manos por debajo buscando sus fuertes glúteos y le insto a que se dé prisa.

A pesar de que soy yo quien está encima es Adam quien controla la situación. Entra en mí con cuidado, con demasiada calma. Intento asumir el mando dejándome caer de golpe, pero me tiene cogida de la cintura y es quien marca el ritmo de la relación.

Estoy a punto de gritar de placer y de frustración, necesito pasión no sensibilidad.

—¡Adam!

—¿Qué, cariño? —me pregunta divertido. Consciente de lo que necesito desesperadamente.

—No me gustan los juegos —le explico molesta.

—¿Estás segura, cariño? —me pregunta al tiempo que empuja y entra completamente en mí, pero se queda quieto provocándome. Le clavo las uñas en la espalda y comienzo a moverme con un hambre que me seca la garganta y me acelera el pulso.

A pesar del placer que me embarga no puedo evitar pensar en la bebida que hemos dejado en el Edén, sería fascinante regar los músculos de Adam con ella y lamerlos hasta quitársela.

—Te deseo. —Digo, por si no se ha dado cuenta.

Esboza una sonrisa traviesa antes de acoplarse al ritmo que impongo. Quizás sí que me gustan los juegos, pienso antes de dejarme arrastrar por nuestros movimientos que culminan en el mejor orgasmo de toda mi vida.

Definitivamente, sí que me gustan los juegos, decido antes de dejarme caer sobre su pecho, saciada de él.

Por lo menos de momento...

Capítulo 4

Nos quedamos en el coche un par de horas más, pero al final mi deseo de volver a probar el coctel es tan grande que convenzo a Adam para que regresemos.

A pesar de la hora la gente que hay dentro no ha disminuido ni un ápice.

Cogidos de la mano nos acercamos hasta la barra, pero hay tanta gente que casi no encontramos un hueco donde meternos. Me doy cuenta que nadie más se ha pedido el coctel del día, lo que me extraña bastante con lo bueno que está.

No llevamos ni dos minutos cuando el camarero del pelo rojo se planta frente a nosotros con una sonrisa triunfal en la cara.

No dice nada, espera a que nosotros hablemos y siendo sincera me molesta bastante tener que pedirle a él.

Suspiro molesta y me inclino sobre la barra para pedir.

—Dos Red Appel. —Digo con toda la dignidad que soy capaz de encontrar.

Él me mira sin disimulos y se inclina desde su lado de la barra, tal y como he hecho yo, para decirme algo.

Me tenso a la espera de su comentario.

—¿Estás segura? —pregunta clavando la mirada en mí.

—¿Te estás quedando conmigo? —le preguntó de mala manera aunque

sin alzar la voz. No quiero que Adam me escuche y se lie un conflicto.

—Algo así. —Reconoce con una sonrisa que me eriza la piel.

No me da tiempo a replicarle porque antes de que me dé tiempo a reaccionar se da la vuelta y se marcha por donde ha venido. No obstante, le veo tomar dos copas y mezclar la bebida.

Viene hacía nosotros con la misma sonrisa arrogante.

—Que lo disfrutes, Eva. —Me dice poniendo las copas delante de mí. Ni siquiera se espera a que le pague. Lo que me deja confusa y preocupada también, para qué mentir. No tengo la más remota idea de por qué sabe mi nombre.

Quizás lo ha escuchado cuando se lo he dicho a Adam, pero lo dudo porque estaba demasiado lejos para hacerlo.

Una parte de mí quiere saber lo que está pasando, pero la otra está más interesada en el Red Apple y en Adam. Gana esa parte y con una sonrisa y las copas en la mano me giro para darle una a Adam.

Sin necesidad de hablar nos dirigimos de nuevo a los reservados y tomamos asiento en la única mesa que está vacía, que casualmente, es la más alejada de la pista de baile. Tengo la sensación de que hoy me está saliendo todo muy bien.

Aunque me niego a quejarme por ello.

Capítulo 5

Llevo toda la semana deseando que sea viernes noche para volver a ver a Adam.

La noche que nos conocimos me dijo que tenía que salir de viaje, por trabajo, y que no podríamos vernos hasta hoy, y como era de esperar, me he arreglado especialmente para la ocasión.

La idea de estar de nuevo cerca de él me electriza la piel y me hace hervir por dentro.

Me contoneo descaradamente con intención de coquetear con el portero, puede que esté loca por Adam, pero coquetear me sale natural, e intento entrar en el local. Me quedo de piedra cuando el tipo me planta un brazo del tamaño del tronco de un árbol centenario delante y me dice que no puedo pasar.

—¿Perdona?

—El gerente ha dejado dicho que no puedes pasar.

—¿Disculpa?

Me ignora descaradamente.

—Debe de haber una confusión. ¿Por qué iban a negarme a mí la entrada? No tiene sentido. —Le digo al gigante aunque es evidente que pasa de mí.

Estoy a punto de sacar el móvil del bolso para llamar a Adam, pero me

detengo cuando noto que alguien se ha parado delante de mí.

—¿Algún problema? —me pregunta una voz masculina y puedo jurar que sé de quién se trata antes si quiera de alzar la cabeza.

Y eso no sería un problema de no ser porque no he cruzado más de diez palabras en toda mi vida con el tipo en cuestión.

—No me dejan entrar. —Le cuento sin saber muy bien por qué lo hago.

La verdad es que el sábado pasado el camarero que tengo delante me dio un poco de mal rollo.

Él sonríe como si la situación fuera graciosa lo que logra que me cabree de verdad.

—¿Te estás riendo de mí? Porque me están esperando y si no vas a ayudarme mejor me dejas en paz.

—¿Quién ha dicho que no voy a ayudarte?

—¿Entonces?

—¿Tienes idea de servir copas? Nos ha fallado una camarera esa noche y estamos saturados.

Le miro intentando discernir si la oferta es una tomadura de pelo.

—¿Me estás hablando en serio?

—Completamente. ¿Quieres entrar o no?

—Claro que quiero. El problema es que no entiendo por qué no me dejan hacerlo.

Él vuelve a sonreír misterioso como si conociera la respuesta que a mí se

me escapa.

—No te preocupes. Lo entenderás cuando estés dentro. —Dice asiéndome del brazo para llevarme hacia el gorila de la puerta.

—Samael, no puede pasar. —Vuelve a insistir el portero.

De nuevo, sin saber por qué, mis esperanzas están puestas en el tal Samael. Un tipo al que no conozco de nada.

Antes de que mi inesperado protector conteste me adelanto y le grito al gorila que se ha equivocado conmigo, que yo no conozco al gerente y que es imposible que sea yo la persona a la que no tiene que dejar pasar.

El tipo me mira de mala gana.

—¿No es usted Eva Riddick? —pregunta, sabedor de la respuesta.

¡¿Cómo dices?! Pues va a ser que sí soy yo.

No hace falta que conteste de palabra porque estoy segura de que mi cara habla por mí.

—Ahora trabaja con nosotros. —Intercede Sam—, yo mismo hablaré con él más tarde.

El gorila asiente poco convencido.

—Bajo tu responsabilidad. Me niego a comerme el marrón. Ni siquiera por ti.

—No te preocupes. Lo solucionaré. ¿No lo hago siempre? Vuelve a sonreír Sam y, para ser sincera, este tipo está empezando a caerme bien. Es todo sonrisas y actitud complaciente.

Samael me lleva por una puerta que no había visto en ninguna de las ocasiones anteriores que estuve en el Edén. Está justo detrás de la entrada principal, pero es del mismo color negro de la pared y si no sabes que existe es imposible dar con ella.

Le sigo, confiada. Después de todo desde que le conozco, Sam no ha hecho otra cosa más que echarme una mano; primero recomendándome el Red Apple y ahora ayudándome a entrar.

Cuando la luz regresa me doy cuenta de que hemos bordeado la pista de baile por dentro de la pared y que estamos a punto de salir a la barra.

Sam me cede el paso y tal y como había previsto descubro que estoy en la barra principal del local. Veo que hay otro camarero, también vestido de negro, como Samael y por algún motivo me alegro de haber elegido ese color para el vestido que llevo porque así parece que combino con mi nueva tarea.

Escucho que Sam habla, aunque no le presto mucha atención. Seguramente me esté explicando donde están las botellas o dónde encontrar la lista de precios, me da igual.

Mis ojos han dado inmediatamente con Adam. Está apoyado en la barra, pero en el extremo más alejado de donde estoy yo. Las luces estroboscópicas le iluminan en ese momento y el brillo de una serpiente en su brazo hace que me mueva un poco para verlo mejor.

Lleva un tatuaje en el brazo y por lo que puedo ver, gracias a su camiseta

de manga corta, le sube por el antebrazo. A juzgar por el tamaño que tiene estoy segura de que le llega hasta el hombro o incluso al pecho.

«¿Cuándo se la ha hecho?» Me pregunto alucinando con la noche que llevo.

Estoy segura de que el sábado pasado no la llevaba. Estoy decidida a acercarme a él, pero Sam me detiene asiéndome del brazo con tanta fuerza que duele.

—Ahora no es el momento. —Dice acercándose a mi oreja para que pueda escucharlo.

—¿Perdona? Estoy aquí por él.

—No, querida. Estás aquí porque yo me he saltado las normas y te he permitido entrar. Él es el gerente, Eva.

Capítulo 6

—No me lo creo. —Digo a Sam cuando por fin soy capaz de hablar.

—Dime una cosa, Eva. ¿Le dijiste a Adam cómo te llamabas? Y no me refiero a tu nombre sino a tu apellido —me pregunta y sé que conoce la respuesta de antemano.

—Sí.

—¿Es el que Jacob te ha dado en la puerta?

—Sí.

—¿Necesitas más pruebas de que digo la verdad?

—No. —Concedo, demasiado alucinada como para reaccionar.

Esto no puede estar pasando. Si fue él quien se acercó a mí, ¿por qué iba a mostrarse tan encantador conmigo si lo único que buscaba era un revolcón? Y, ¿por qué vetarme la entrada? Solo tenía que decirme que no estaba interesado y yo lo habría dejado estar. Tengo demasiado orgullo como para rebajarme por nadie.

—Eva, escúchame. —Me pide Samael, y yo me doy la vuelta para dejar de ver a Adam y atender a lo que me dice—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Ahora lo único que tienes que hacer es trabajar como si nada. No le mires y disfruta de la noche. Aquí hay muchos hombres con los que coquetear. La única regla es no beber mientras trabajas y no regalar bebidas.

—No estoy segura de que...

—¿De verdad vas a dejar que se salga con la suya? —me provoca Samael—, demuéstrole que no te importa, sácate un dinero extra y regodéate cuando venga arrastrándose a pedirte perdón.

La idea de ver a Adam arrastrándose me parece liberadora. No hay duda que Samael sabe llegar al corazón de la gente.

Sonrió por primera vez desde que he llegado.

—Me gusta tu estilo, Samael.

—Lo sé, Eva. Por eso te he elegido, querida —dice misterioso—. Solo una cosa más.

—Dime.

—No ofrezcas a nadie el Red Apple.

—¿Por qué? Está delicioso.

—Porque es solo para clientes VIP. —Me dice y antes de que pueda preguntarle por qué me lo ofreció a mí se da la vuelta y se aleja.

Me paso el resto de la noche poniendo copas, riendo y coqueteando con los clientes. Sigo al pie de la letra las instrucciones de Sam y ni una sola vez miro en la dirección de Adam. De hecho, ni siquiera reacciono cuando tiene el descaro de acercarse a mi lado de la barra a pedir un whisky.

Se lo sirvo con tanta templanza que no puedo más que estar orgullosa de mí.

Solo en ese instante me permito alzar la mirada y clavar los ojos en él.

—¿Tengo que cobrarte la copa o como eres el gerente bebes gratis? —le pregunto con naturalidad.

Él sonríe, y tengo la sensación de que lo hace porque en ese instante no sabe qué decir, y se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón. Sin contestar saca la cartera, la abre y me tiende un billete de veinte pavos.

—Cóbrate y quédate con el cambio. Es una propina.

Yo le sonrió con tanta falsedad que logro asustarme a mí misma.

—Gracias. —Le digo y antes de que pueda añadir algo más estoy dándome la vuelta para atender a otro cliente.

La noche sigue su curso y cuando me doy cuenta es hora de cerrar.

Ni Sam ni el otro camarero aceptan que cargue con las botellas vacías para llevarlas al almacén por lo que me quedo limpiando las barras. Sé que Adam no se ha ido a casa, aunque me he negado a mirarle en toda la noche, siento una extraña conexión con él que me dice que sigue rondándome.

Me sobresalto cuando alguien me coge por la cintura, enfrascada en mis pensamientos no he escuchado los pasos a mi espalda.

—Eva, perdona. —Se disculpa, Samael. Creía que me habías escuchado.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Toma. —Me dice—. Esto es lo que te pertenece por esta noche.

Abro los ojos completamente alucinada con el fajo de billetes que me está tendiendo. ¿De verdad es todo para mí?

Parece que divina mis pensamientos porque sonrío con picardía.

—Las propinas las repartimos el sábado. Así que esto es el sueldo solo de hoy.

—¿Estás seguro? Eso es el doble de lo que gano en una semana vendiendo flores. —Le digo y puedo jurar que es la verdad.

—Mañana ganarás más, aunque también será más duro porque habrá el doble de gente.

—Nunca me ha molestado trabajar.

—Entonces ¿Vas a venir mañana? Si lo quieres el puesto de camarera es tuyo. —me ofrece con una sonrisa.

—Por supuesto que sí, pero...

Me corta adivinando lo que voy a decir.

—Soy el responsable de esta parte del negocio. Lo que yo diga, se hará.

Sonrió, este tipo me cae mejor a cada momento. Me sorprende de que pudiera asustarme tanto la primera vez que lo vi.

—En ese caso cuenta conmigo.

—Estupendo. ¿Puedes venir mañana a mediodía a firmar el contrato?

Me quedo pensativa. Los sábados por la mañana abro la floristería, pero también es cierto que cierro a mediodía para terminar los encargos. Y con el ansia que tenía por salir este fin de semana el problema está resuelto porque lo he dejado todo preparado de ante mano.

—Me va bien.

Sam vuelve a sonreír.

—¿Llevas tu carnet de conducir encima?

Soy yo la que sonrío ahora.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

—En ese caso vamos al despacho para que lo fotocopie y te acompañe al coche. Hay mucho loco suelto.

Me río con tanta fuerza que se detiene asombrado a mirarme e incluso se le pegan mis carcajadas. Cuando por fin nos calmamos me pregunta con todavía risa en la voz:

—¿De qué nos reíamos?

—De lo de los locos sueltos —Me aguanto las ganas de volver a reír—.

No te lo tomes a mal, pero el sábado pasado me acojonaste. Estaba segura de que eras uno de esos locos sueltos de los que hablas.

Me mira con su habitual sonrisa.

—Ya sabía yo, Eva, que tú eras de las listas.

Capítulo 7

—Son las doce y cuarto cuando entro en el Edén, otra vez. Apenas hace unas horas que me he marchado y ya estoy allí de nuevo. No hay nadie en la puerta por lo que me adentro en el local buscando a Samael. Atravieso la pista de baile y me sorprende porque esté tan vacía. Las luces están encendidas y a esta hora puedo ver la decoración de las paredes. Me llama la atención el estilo renacentista de los murales que las adornan. Haciendo honor al nombre de la discoteca en ellas se ha plasmado un paisaje de hierba verde, de árboles frutales y de lagos azules. Destaca en ese lugar idílico el manzano del que se cuelga una serpiente tan grande que parece irreal que pueda sujetarse en el pobre manzano. No sé mucho de arte, lo mío son las flores, pero tengo la sensación de que se trata de una alegoría.

Me doy la vuelta para seguir viendo lo que hay al otro lado y me quedo de piedra al ver que se han equivocado con el tema. Desde donde estoy puedo ver a Adán, de espaldas, seguramente observando a las dos mujeres que tiene delante. Una de ellas es rubia y la otra tiene el pelo oscuro. No sé muy bien quienes son. Una de ellas debería ser Eva, pero, ¿quién es la otra?

Descarto seguir preocupándome por algo que no me incumbe y sigo para delante buscando a Sam. Paso por delante del despacho de Adam y sé que es el suyo porque él está dentro en ese momento. Estoy a punto de pasar de largo, pero me detengo al escuchar la voz de una mujer.

Me escondo tras la puerta entreabierta y decido escuchar su conversación.

—No puedo hacer nada, preciosa. En el tema de los camareros es Sam quien decide y tú le dejaste colgado ayer. —Le explica él y deduzco que la chica es la camarera que Sam me dijo que no había ido a trabajar.

Veo entonces que la chica hace un puchero perfecto.

—Adam, no fue así. He tratado de explicarte que me dejaron un mensaje en el contestador para que no viniera.

Adam sonrío benévolo.

—¿Un mensaje que ha desaparecido por arte de magia en tu teléfono?

—Te prometo que es verdad, yo... nunca te mentaría y lo sabes.

El comentario me pone alerta. Quizá sea el modo en que lo dice o el hecho simple de que lo diga, pero veo intimidación en el gesto, como si fueran algo más que empleada y empleador.

Adam se acerca a ella y la abraza, confirmando mis sospechas y yo me niego a seguir mirando. Por ello paso de largo y sigo camino del almacén en busca de Sam.

No obstante, me doy cuenta en ese momento de que no he visto el tatuaje de la serpiente en el brazo de Adam. Debería haberla visto cuando ha abrazado a la ex camarera, pero no lo llevaba en ese momento.

Tomo nota mental de preguntarle a Sam por el tema y me encamino a buscarlo.

Cuando doy con él, ya no me acuerdo de la serpiente, está sentado frente al ordenador, vestido de negro, como siempre y concentrado en lo que sea que está haciendo.

Alza la mirada cuando me escucha entrar y suelta un silbido de admiración que me sube la moral dos enteros.

—¡Guapísima! Déjame decirte que estás más sexi en vaqueros de lo que debería ser legal.

Le sonrío agradecida. Después de la escena que acabo de presenciar me hacía falta que me subieran el ego.

—¡Gracias!

—¿Qué te parece si esta noche vienes más cómoda?

Sonrío divertida.

—Así que ese era el motivo oculto de tu piropo.

—Para nada. Es que los sábados, después de cerrar, tenemos la costumbre de irnos todos juntos a desayunar y tengo la sensación de que estarás más cómoda si te pones vaqueros.

—¿Dónde desayunáis, que hay que llevar una indumentaria especial? — pregunto con curiosidad.

Sam sonrío sabedor de que me ha dejado con ganas de saber más.

—Es una sorpresa.

—Pues yo odio las sorpresas. —Confieso sin avergonzarme por ello.

Él me mira como evaluándome, pero un segundo después vuelve a

sonreír.

—La verdad es que tienes pinta de ser una odiadora de sorpresas. —

Espeta y ahora soy yo la que no puede evitar sonreír.

Capítulo 8

Intrigada por el consejo de Sam me he puesto el top más sexi de mi armario, uno negro con un escote descomunal en la espalda, que impide que lleve sujetador, y unos vaqueros ajustados que me quedan como un guante. No me bajo de mis tacones ni siquiera para estar de pie toda la noche por lo que me decido por unos stiletos rojos que me encantan.

Al llegar, Jacob, el gorila de la puerta ha obviado mi presencia y ni siquiera me ha mirado. Creo que lleva mal que trabaje aquí, aunque eso no puede importarme menos.

Al ser mi segundo día, la noche se me da un poco mejor.

Ya sé dónde para cada botella e incluso los clientes que también fueron ayer se muestran más generosos con sus propinas.

Durante uno de los pocos descansos de la noche salgo con Víctor, el otro camarero de mi barra a tomar un poco el aire. Sam se ha ofrecido a encargarse de la barra para que podamos respirar un poco, de modo que me siento con Víctor en la parte de atrás del local con un refresco en la mano mientras él se fuma un cigarro.

Me cae bien.

Es un chico atractivo de pelo dorado y ojos azules. Se nota que se cuida porque tiene el cuerpo musculado por el ejercicio.

—¿Vas a contarme dónde vamos a desayunar? —le pregunto con ganas

de saber de qué va la sorpresa.

Víctor se ríe a carcajadas como si acabara de contarle un chiste.

Cuando por fin se tranquiliza me mira, con los ojos brillantes y me confiesa que estaba esperando la pregunta.

—Sam me ha advertido de que no te dijera nada. Estaba seguro de que me ibas a interrogar sobre el tema.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. ¿Hace mucho que le conoces? —me pregunta curioso.

Es mi turno de reír.

—Para nada. Lo conocí el sábado pasado aquí mismo.

—Pues es evidente que te ha calado. —Dice y noto que se tensa por algo que hay detrás de mí.

No tengo que darme la vuelta para saber lo que es o, mejor dicho, quien es.

—¿No tenéis trabajo? —pregunta Adam y yo me niego a girarme para contestarle.

—Estamos haciendo un descanso autorizado por Samael. —Contesta Víctor con cierta mala leche. Parece que no se llevan muy bien.

—¿Los dos a la vez? —no deja que le contestemos antes de que ni Víctor ni yo podamos decir algo vuelve a hablar—. Vuelve a la barra. Sam está desbordado.

Me levanto del bordillo en el que estoy sentada para irme con Víctor,

pero Adam me frena con tres palabras.

—Tú no, Eva.

No sé qué pretende, pero ahora es mi jefe, por lo que me muerdo la lengua para no contestarle del modo que me apetece, y me espero. Víctor me mira, para asegurarse de que estoy bien, pero termina por salir de allí a toda prisa cuando Adam lo fulmina con la mirada.

Me sorprende lo duro que parece ahora mismo. Tiene poco que ver con el chico divertido y dulce al que conocí la semana pasada en este mismo lugar.

—Tengo que trabajar. —Le digo, ansiosa por alejarme de él.

Ahora que estamos solos frente a frente se entremezclan en mí el deseo, que me inspiró desde la primera vez que crucé la mirada con él y la rabia por lo que me ha hecho. No solo me ha engañado al no decirme que era el gerente del local, sino que quedó conmigo aquí para que me diera cuenta de lo que me había hecho.

Si simplemente hubiera decidido pasar de mí me habría dado un número falso o me habría dicho que me llamaría para no hacerlo nunca. No obstante, había sido cruel, me dijo que nos veríamos en el Edén para dejarme claro lo que había hecho.

—No esperaba que volvieras hoy.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Me viene bien el dinero extra.

—¿De verdad estás aquí por eso?

—Porque iba a estar sino —me río falsamente como si acabara de

entender un chiste—. Un momento. ¿Crees que estoy aquí por ti? Ya no me interesas, Adam. — Espeto sin dejar de sonreír.

—¿A no? —pregunta y se acerca un paso a mí.

—No.

Se acerca otro paso y yo comienzo a ponerme nerviosa. Se mueve deliberadamente lento para provocarme.

—Tengo que volver dentro, el local está lleno de tipos interesantes.

—Estás trabajando. —Dice molesto y no sé si es porque trabajo para él o porque le preocupa que me ligue a otro hombre.

Le ofrezco mi mejor sonrisa.

—Eso no es un problema. Es que no te has dado cuenta que mi barra es la más solicitada. —Digo regodeándome en el hecho de que es la pura verdad.

Doy por finalizada la conversación ya que él no me responde e intento pasar por delante de él para regresar al trabajo. Creo que ya casi lo he superado, pero me detiene cogiéndome por el brazo para impedirme continuar.

—Suéltame.

—No deberías provocarme. —Dice sin hacer caso a mi petición.

—No era esa mi intención, Adam. Jamás me tomaría tantas molestias por ti. He dicho la verdad, nada más.

Doy un tirón y me libero de su agarre aunque no me engaño. El único motivo por el que he podido hacerlo es porque él me lo ha permitido.

No obstante, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando noto el

frío de la pared en mi espalda y el calor del cuerpo de Adam pegado a mí. Soy tan débil que no solo permito que me bese sino que le beso yo también. He echado tanto de menos su boca que mi capacidad para pensar ha quedado anulada por su sabor.

Sus manos se clavan en mi espalda y me empujan más a él.

El beso se vuelve más intenso y Adam me separa las piernas con la rodilla y empuja su pelvis contra mí. Cada una de mis terminaciones nerviosas se derrite, yo solo sé que lo deseo, tanto como lo deseaba la otra noche...

De repente en medio de la lujuria una llamita de claridad se abre paso en mi mente y me acuerdo de lo que me ha hecho, del abrazo que le he visto darle esta mañana a otra chica y haciendo acopio de todas mis fuerzas, le empujo para apartarlo de mí.

Me mira confundido, pero no me permito arrepentirme.

—No vuelvas a tocarme nunca más.

—¿Por qué, Eva, prefieres que lo haga otro? —me dice con rabia.

—Por supuesto, Adam, prefiero que sea cualquiera con tal de que no seas tú. — Señalo, y me meto dentro del club otra vez.

Me quedo parada a unos pasos de la puerta cuando me doy de bruces con Samael, que seguramente está aquí porque ha venido a buscarme.

—Lo siento. Yo... me he entretenido un poco. —Me disculpo.

Él me ofrece su sonrisa habitual y me pasa un brazo por los hombros.

—Has estado maravillosa, Eva.

Alzo la cabeza para mirarlo.

—¿Lo has visto todo?

—Todo —confirma—, y he de reconocer que tu manera de torturar es infinitamente mejor que la mía. —Ríe y yo no acabo de pillar el chiste.

Capítulo 9

Cuando por fin cerramos, son casi las seis de la madrugada, por lo que entiendo que desayunen juntos cada domingo.

Ni Víctor ni Sam han abierto la boca sobre el misterio del lugar.

Después de recoger nos congregamos todos en el despacho de Adam. Yo estoy en un grupo charlando con Víctor y con Sam y Adam parece encantado con su conversación con Jacob y con otras dos chicas de la otra barra. Una de ellas se cuelga del brazo del gorila lo que me da que pensar que son pareja. No obstante, la otra, una menuda morena, parece interesada en otra pieza más importante.

—Vamos a organizarnos que yo tengo hambre. —Dice Sam, captando la atención de todos.

Me doy cuenta de que yo también tengo hambre y es lógico dadas las horas que han pasado desde que cené.

—Eva, tú vienes conmigo. —Declara Adam de repente.

—He traído mi coche. —Explico, y es cierto.

—Luego te traeré a recogerlo.

Estoy a punto de negarme, pero la expresión de Víctor, quien parece a la espera de que le dé pie para saltar sobre Adam me retiene. Lo que menos deseo ahora mismo es ser la culpable de una discusión.

Adam me mira como retándome a negarme.

—De acuerdo. —Accedo.

Giro la cara porque me niego a ver su expresión triunfal.

No entiendo a qué se debe su renovado interés por mí. Ayer me prohibió entrar en el local y, de no ser por Sam, no habría podido hacerlo y esta noche no solo me ha besado sino que se empeña en que vaya con él en el coche.

El mismo vehículo en el que le di todo lo que tenía, una semana antes.

Definitivamente esto va a ser incómodo, me digo a mí misma.

Los demás siguen debatiendo sobre quien va a conducir esa noche, pero nosotros no nos esperamos a saber el resultado.

Adam vuelve a asirme del brazo, esta vez con más tacto, y me guía hasta el parking. Su BMW plateado brilla a la luz de la luna. Le da a la llave y las puertas se abren con un ruido y un juego de luces.

—Sube. —Dice como si hubiera necesidad de que me lo dijera.

Abro la puerta y me sorprendo a mí misma echando una mirada fugaz a los asientos de atrás.

—¿Dónde vamos? —pregunto mientras me ato el cinturón de seguridad.

—Ahora lo verás. —Se hace evidente que no desea conversar cuando enciende el reproductor del coche y la música de Sia, *Move your body*, inunda el ambiente. Veo en la pantalla que el vehículo está conectado por bluetooth a su móvil, así que eso me da una pista de la clase de música que le gusta. Porque después de todo sigo sin saber nada de él.

Your body's poetry, speak to me

Won't you let me be your rhythm tonight?

Move your body, move your body

I want to be your muse, use my music

And let me be your rhythm tonight

Move your body, move your body

Your body's poetry, speak to me

Won't you let me be your rhythm tonight?^[1]

Adam no aparta la mirada de la carretera y yo me mantengo en silencio, escuchando la canción y tratando de adivinar si con ella pretende decirme algo.

No volvemos a hablar hasta que diez minutos más tarde le veo entrar en el aparcamiento de un viejo cine del centro.

—¿Vamos a desayunar aquí? —pregunto con incredulidad— ¿Vamos al cine? ¿A ver qué película?

Adam me mira sonriendo y antes de que me responda dos vehículos estacionan a nuestro lado y mis nuevos compañeros bajan entre bromas.

Sam abre la puerta de mi lado y me ofrece la mano para ayudarme a salir.

Con una sonrisa se la acepto y bajo del coche de Adam. Ni siquiera me molesto en comprobar si Adam ha bajado. Sigo molesta con él, ni siquiera ha intentado disculparse conmigo. De hecho, ni siquiera me ha hablado, para ser más exactos, de modo que no entiendo para qué se ha empeñado en que fuera con él en el coche. A no ser que... Una sonrisita calculadora se abre paso en mi cara y veo que Sam me observa con curiosidad.

Me inclino un poco sobre él y le susurro una idea que acaba de iluminarme.

—Creo que Adam está celoso de Víctor. ¿Crees que es posible? —pregunto. Después de todo él los conoce mejor a los dos.

—Creo que tienes razón. —Acepta y me pasa el brazo sobre los hombros y como si quisiera provocar a Adam, acelera para acercarnos a Víctor, quien parece encantado.

—¿Vamos a desayunar en un cine? —pregunto poco convencida con la idea.

—Corrección, vamos a desayunar en el Majestic. Y vamos a hacerlo mientras vemos una película de culto. —Aclara Víctor.

—¿Qué clase de película?

—La semana pasada vimos *Eduardo Manostijeras* a petición de las chicas, pero hoy nos toca a nosotros elegir y acordamos por unanimidad ver *Abierto hasta el amanecer*.

—¿La de vampiros?

Víctor asiente.

—No te preocupes, si te da miedo puedes cogerte a mí.

Me río de un modo exagerado cuando veo a Adam acercarse a nosotros.

—Gracias por la oferta, pero no me dan miedo los vampiros.

—Esa es mi chica. —Me alaba Sam.

Adam se pone a mi altura y camina a mi lado hasta el cine.

El lugar parece un museo, pero es encantador.

Cuando entramos vemos a una pareja de unos sesenta años en un mostrador enorme de comida. Es como el que hay en los cines normales solo que en lugar de chucherías y palomitas hay bacon, huevos, salchichas, fruta, cereales y tortitas.

Tengo tanta hambre y todo huele tan bien que no sé por dónde decidirme. Los demás se lanzan como buitres a pedir y yo me quedo rezongada observándoles.

La pareja cuyos nombres son Tony y Anna, son los dueños del cine y por lo que soy capaz de entender son también los padres de la chica que se colgaba del brazo de Jacob, el gorila de la puerta.

—Y tú, bonita. —Llama mi atención Anna—, ¿qué quieres para desayunar?

La pareja es un encanto y yo estoy hambrienta por lo que dejo que me convenzan y me llevo un poco de todo regado con un café con leche de soja tamaño XXL.

Me dio cuenta de que tanto Adam como Víctor me están esperando y aunque, una parte de mí, deseé vengarse de Adam por lo que me hizo y sentarme con Víctor, otra parte de mí, quizás la más débil me empuja a que me acerque a Adam y le permita guiarme por el pasillo hasta la sala.

Capítulo 10

Todo lo que engullo está delicioso y la película, aunque ya le he visto, me divierte tanto como la primera vez. Y he de reconocer que no es solo por la presencia de George Clooney, que Adam no deje de acariciarme el brazo en todo momento ayuda bastante.

Me doy cuenta que las dos camareras se han quedado fritas cuando aparecen los títulos de crédito y las luces se encienden.

El cansancio de la noche me pasa factura y me cuesta media vida ponerme de pie. Cuando nos ponemos en marcha Samael se acerca a mí y me pide mi móvil. No entiendo la petición, pero aun así lo sacó del bolso y se lo doy. Lo veo trasteando con él y cuando me lo devuelve me informa de que ha grabado su número por si necesito algo en algún momento.

Le doy las gracias y le abrazo.

En los últimos días Sam es la persona que mejor se ha portado conmigo y aunque inicialmente me produjera cierto temor, eso ha pasado a mejor vida y estoy encantada de haberlo conocido. Lo que no quiere decir que haya veces en las que no entiendo una palabra de lo que dice o insinúa.

Víctor, que ha visto el gesto de Sam se acerca a mí con la misma intención. Y aunque no debería, dejo que me grabe su número y que se llame al móvil para tener el mío. Me parece un chico muy atractivo y es un encanto, pero a mí quien de verdad me interesa es Adam, a pesar de todo lo que hay entre

nosotros.

Cuando Víctor me devuelve el móvil le busco con la mirada y me doy cuenta de que ya ha salido del cine sin siquiera esperarme. ¿Se habrá ido ya? Le pido a Sam que me espere porque no sé si Adam me ha dejado tirada y salgo con ellos al aparcamiento. Suelto un suspiro de alivio cuando veo a Adam apoyado en su coche, esperándome. Me despido de los demás y abro la puerta. Me dejo caer en el asiento agotada. Adam entra y toma asiento sin dignarse a mirarme. Estoy a punto de iniciar una conversación cuando, al igual que en la ida, pone la música. Le veo inclinarse sobre el salpicadero para escoger una pista concreta.

La voz de Selena Gómez comienza calmada y va subiendo de intensidad con cada verso:

I've looked for love in every stranger

Took too much to ease the anger

All for you, yeah, all for you

I've been running through the jungle

I've been crying with the wolves

To get to you, to get to you, to get to you.^[2]

En vista de que Adam ha decidido ignorarme me dejo caer en el asiento y me relajo. Estoy tan cansada que tengo que esforzarme en mantener los ojos abiertos. Todavía tengo que conducir hasta casa antes de poder dejarme caer sobre mi cama sin molestarme en quitarme la ropa.

Sonrío ante la idea de meterme en la cama vestida. Yo jamás haría algo

así, aunque fuera arrastrándome me tomaría mi tiempo para desmaquillarme y ponerme el pijama.

Debo de haberme reído en voz alta porque Adam me está mirando con curiosidad. No obstante, no la suficiente como para preguntarme por ello.

En estos momentos me siento tonta. He dejado que se pasara una hora y media acariciándome y me molesto porque se niega a hablar conmigo.

Me niego a dejar que me afecte. El trabajo me viene bien. Con la floristería estoy comenzando a cubrir gastos y el trabajo extra me viene de maravilla. Cuando todo marche como espero lo dejaré y me olvidaré de que alguna vez he conocido a Adam, estoy segura, me digo para animarme.

Adam detiene el coche justo al lado del mío en el aparcamiento del Edén. Es el único que queda por lo que es fácil adivinar que es el mío.

—Gracias. —Le digo.

Él se limita a inclinar la cabeza a modo de respuesta.

Bajo a toda prisa para evitar soltarle algún improperio y me meto en mi coche. Él no se mueve hasta que ve que arranco y salgo del Edén hasta la próxima semana.

Capítulo 11

El domingo estoy tan cansada que apenas soy capaz de moverme del sofá donde me he tumbado a ver la tele. Me niego a seguir pensando en Adam y en su actitud bipolar, primero se empeña en que vaya con él en el coche, se sienta conmigo en el cine y por lo que parece no puede quitarme las manos de encima durante toda la película y, media hora más tarde ni siquiera se despide como Dios manda cuando me deja en mi coche. Como he dicho no deseo pensar en eso por lo que empalmo película mala tras otra, para no pensar en nada.

El lunes me entretengo con el trabajo y todo va más o menos bien, hasta el martes, que viene mi amiga Judith a la floristería, para echarme una mano con los encargos que tengo para el fin de semana. Judith es organizadora de bodas y gracias a sus contactos me han encargado varias fiestas que me han permitido ampliar un poco el negocio. La principal novedad es la página web.

Un amigo de Judith me la ha creado a un precio sensacional y aunque a mucha gente le parecía una locura que me metiera en otro lío más, la verdad es que ya está comenzando a dar sus frutos y hago envíos de flores a todo el país.

Cuando le cuento que he empezado a trabajar en el Edén pone en duda mi cordura, alegando que voy a caer enferma si no tengo ni siquiera un día de descanso, pero eso no es del todo cierto ya que los domingos me quedo en coma en mi sofá, para recuperarme del resto de la semana.

El miércoles transcurre tranquilo entre WhatsApps con Víctor, que ha

esperado tres días para escribirme, y los encargos que ya he adelantado. La sorpresa me la llevo el jueves cuando me llega un pedido de dos docenas de rosas rojas, de las más caras que tengo en la tienda, desde la web de la floristería. No debería ser un problema, pero lo es porque las rosas son para mí.

Están pagadas a través de una web de pagos con la que trabajo por lo que me es imposible descubrir el nombre del pagador. No llevan tarjeta de modo que tampoco sé el motivo del regalo.

Mi primer pensamiento me lleva a Víctor, en sus mensajes parece interesado, pero dudo que pueda gastarse tanto dinero y mantenerlo en secreto. A Adam lo descarto de inmediato, después de cómo me ignoró en el coche o de cómo me ha seguido ignorando el resto de la semana, es imposible que haya sido él.

Todavía me siento dolida por su actitud, pero trato de no pensar mucho en ello. Reconozco que inicialmente acepté el trabajo porque necesitaba saber lo que había sucedido, no obstante, una vez que quedó todo aclarado entre nosotros, aunque no fuera de viva voz, el motivo por el que sigo en el Edén es meramente económico, o al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Sería una estúpida si creyera en que todavía tengo alguna posibilidad con Adam y puedo ser muchas cosas, pero estúpida no es una de ellas.

Capítulo 12

El viernes me presento en el Edén a las once y hasta Jacob me recibe con un saludo cortés, aunque es Víctor el que se muestra más contento de verme.

Esta semana hemos estado en contacto y creo que puedo decir que nos hemos hechos amigos.

El Edén está como siempre a reventar de gente, incluso para un viernes, por lo que Sam me pone a trabajar en la barra y no me da un descanso hasta hora y media después. Víctor hace el gesto de venir conmigo, pero Sam le detiene alegando que hoy tenemos que hacer los descansos de uno en uno. Entiendo que tiene razón por lo que no me quejo.

Estoy a punto de coger un refresco y salir fuera cuando Samael se acerca a mí y me pide que le lleve a Adam una copa al despacho. La idea no me motiva especialmente, después de todo no he sabido nada de él en una semana, pero mi jefe manda.

Con la copa en la mano me encamino hasta el despacho de Adam y me encuentro con que la puerta está abierta, pero él no está dentro. Mi yo más cobarde aplaude, por evitar tener que verle y mi otra parte más temeraria que valiente se desespera por no poder tratar de arreglar nuestra amistad.

Me adentro en el despacho y busco algo donde poner la copa, un posavasos sería ideal, pero no he pensado en coger uno y ahora no voy a volver a la barra a buscarlo. No obstante, el escritorio de Adam está tan limpio que no

quiero dejárselo todo mojado. Por ello miro por la mesa a la búsqueda de cualquier papel que no sirva y que pueda usar para que absorba el agua que suelta la copa.

Estoy a punto de cantar victoria cuando veo un papel arrugado en una esquina. Lo desdoble para alisarlo y poner encima el vaso cuando el nombre que figura en él capta mi atención: Pétalos.

Ese es el nombre de mi negocio de flores y puedo decir con total seguridad que no hay otro con el mismo nombre en la ciudad.

Decidida a descubrir qué significa el papelito suelto la copa, de cualquier manera en el escritorio, ahora mismo lo que menos me preocupa es que se moje, y leo con detenimiento lo que pone.

Noto que se me pone una sonrisa bobalicona en la cara cuando por fin descubro que es el justificante de pago de dos docenas de rosas rojas que se encargaron y pagaron a través de mi web.

Me apoyo en el escritorio porque no puedo dejar de sonreír y la felicidad que siento en estos momentos es tan intensa que me cuesta mantenerme en pie.

¡Eran de Adam! Las preciosas flores eran tuyas, pero ¿por qué no añadió una nota? ¿Por qué no quiere que sepa que son tuyas?

Me envaró cuando escucho que alguien se acerca por el pasillo, sin saber muy bien qué hacer me guardo el papel en el bolsillo y me preparo para lo que viene.

Adam parece sorprendido de verme, y yo solo soy capaz de ofrecerle una

sonrisa.

—Sam me ha pedido que te traiga una copa.

—Gracias.

—De nada. —Le vuelvo a sonreír. Es evidente que me estoy mostrando especialmente afectuosa, aunque he de reconocer que Adam no parece darse cuenta—. Bueno, te dejo, son mis quince minutos de descanso.

Él asiente con la cabeza y cruza a mi lado para tomar asiento tras su escritorio.

Me marcho entre confundida y contenta. Eso sí, sin decidir qué es lo que siento con más intensidad en esos instantes.

Capítulo 13

Cuando regreso a la barra me encuentro con que Adam ha tomado posesión de ella. Ni siquiera me fijo en Víctor hasta que se acerca y me susurra que el jefe está de vigilancia.

No creo que Adam esté allí para vigilarnos, estoy segura de que está en mi lado de la barra porque, al igual que yo, desea arreglar las cosas entre nosotros. El detalle de las flores aviva las esperanzas que no sabía que tenía.

Con esa intención me abstengo de coquetear con los clientes y me limito a ponerles copas. Noto durante gran parte de la noche la mirada de Adam clavada en mí y eso me da fuerzas para seguir trabajando.

—Eva, ¿mañana puedes venir antes? —me pregunta Sam—, vamos a organizar una fiesta privada en la zona Vip y necesito que vengas a ayudarme con los preparativos.

—¿Una fiesta privada? —pregunto con curiosidad.

Él asiente.

—Unos amigos de Adam han reservado el local para que él pueda estar presente. Al parecer uno de ellos ha conseguido un ascenso jugoso y quieren celebrarlo aquí.

—Cuenta conmigo. —Le digo, puede ser una buena oportunidad para conocer un poco más de Adam. Con un poco de suerte sus amigos me dirán algo que desconozca de él.

Me animo con la idea y no soy consciente de que estoy sonriendo hasta que el propio Adam me lo hace notar.

—¿Qué te hace sonreír de ese modo? —me pregunta una voz en mi oído.

Me doy la vuelta sobresaltada y me topo con que se ha metido detrás de la barra y a juzgar por el modo en que se ha subido las mangas parece dispuesto a ayudarnos.

—Nada importante.

—Pues no lo parece. —Insiste, curioso. Y me quedo de piedra cuando alza la mano y me aparta un mechón de pelo de la frente.

Hacía mucho que no me tocaba por lo que mi piel se eriza al recordar lo que sentí la última vez que lo hizo.

—Tampoco me conoces tanto como para juzgar. —Digo con coquetería, azuzada por el acercamiento.

—Cierto. Vamos a tener que remediarlo.

—¿De verdad?

Un segundo después de haber sonado tan esperanzada me arrepiento de ser tan evidente.

—Por supuesto. Me gusta saberlo todo de la gente que trabaja para mí.

—Indica y sé que es una excusa por lo que no me ofendo.

—En realidad trabajo para Sam —apostillo con ganas de provocarle—. Fue él quien me contrató.

—Es lo mismo. Sam es mi socio.

Abro los ojos desmesuradamente.

—¡Espera! ¿Eres el dueño del Edén?

Parece sorprendido de que no lo sepa. La única noticia que tenía del tema era que trabajaba de gerente.

—El Edén es mío y de Sam. Él gestiona a los trabajadores y yo me ocupo del resto. Creía que lo sabías.

Niego con la cabeza.

—Pensaba que eras el gerente.

—También lo soy. —Expone con una sonrisa que casi me hace hiperventilar—. Vamos a tener que ponernos al día el uno con el otro... Ya sabes... Para cumplir con la costumbre de estar al tanto de mis empleados. —bromea.

—Por supuesto. Cuando quieras.

—Te tomo la palabra. —Asegura y no se me ocurre nada más que decirle antes de que se dé la vuelta y se acerque a hablar con Sam.

Al final de la noche mis esperanzas se van al traste cuando no veo a Adam por ningún lado. Incluso me quedo unos minutos en el aparcamiento hablando con Víctor con la esperanza de verle subirse a su coche. No obstante, cuando me doy por vencida y me subo en el mío, su BMW sigue estacionado en el mismo lugar.

Tal vez sea más afortunada mañana, me digo mientras conduzco a casa.

Capítulo 14

El sábado estoy especialmente ilusionada con ir a trabajar. Tanto que me arreglo con esmero e incluso le pido a Víctor que me recoja en mi casa. De ese modo cuando sea la hora de volver a casa, tras la peli y el desayuno, Adam no tendrá más remedio que acercarme y como soy muy educada es posible que lo invite a subir, y... Lo demás nos lo imaginamos.

Víctor parece encantado de que le haya pedido ayuda y ahora no puedo dejar de arrepentirme, preocupada de haberle dado una idea equivocada.

—Esta noche va a haber movimiento —dice.

—Sí, lo sé.

—Normalmente venimos pronto cuando hay fiesta en la zona vip, pero esta gente debe de ser especial porque Sam nunca nos hace madrugar tanto —ríe—. Espero que las propinas valgan la pena.

—Creo que son amigos de Adam.

—Pues que bien.

Le miro porque algo en su tono ha captado mi atención.

Me devuelve la mirada un segundo antes de fijar la atención en la carretera.

—No me caen bien los amigos de Adam —explica al darse cuenta de mi interés—. Sobre todo su ex. Es demasiado... intensa. ¿Ya me entiendes?

—¿Su ex novia? ¿Va mucho por el local? —sus palabras han despertado

mucho mi curiosidad y estoy decidida a interrogarle hasta que me cuente todo lo que sabe.

Víctor vuelve a apartar la vista de la carretera para mirarme.

—Su ex mujer —aclara—; una rubia despampanante que no acepta un no por respuesta.

Abro la boca para hablar, pero mi cerebro es incapaz de razonar de modo que no sale nada de ella.

—Es muy atractiva, no me malinterpretes, pero se contonea demasiado y no solo con Adam. La última vez que estuvo en el Edén se me insinuó delante de su ex.

—Adam ha estado casado.

—Sí, al parecer se casaron muy jóvenes porque hace años que están separados.

Mi afán por interrogar a Víctor se pierde y me paso el resto del trayecto pensando en lo que acabo de descubrir, que Adam ha estado casado y que sigue siendo amigo de su ex.

En cuanto Víctor estaciona me bajo a toda prisa y me dirijo a trabajar. Necesito mantenerme ocupada para no pensar en nada. Tengo la sensación de que Sam se da cuenta de mi estado de ánimo porque en cuanto me ve me pone a ocuparme de la zona vip. Repongo las botellas que faltan, corto limones y lleno las cámaras con hielo.

—Eva, ¿estás bien? Pareces cansada.

—Estoy bien.

—Si prefieres estar en la otra barra puedo pedirle a Melanie que venga a esta.

¿Y perderme a la ex de Adam? Ahora mismo me muero de curiosidad por verla.

—No, gracias. Prefiero seguir en mi puesto.

Sam me da unas palmaditas en la espalda y está a punto de decirme algo, pero sea lo que fuere que tenía pensado soltar se queda sin pronunciar cuando escuchamos pasos de tacones que se acercan.

Por el fondo se va acercando una rubia muy alta con un vestido minúsculo y dorado que deja a la vista sus kilométricas piernas.

—Hola, Sam. —Lo saluda la rubia con una sonrisa demasiado exagerada para ser real.

—Lilit. Estás tan preciosa como siempre —dice Sam, saliendo de detrás de la barra para besarla en las mejillas—, pero te has adelantado. No abrimos hasta dentro de media hora. Jacob no tendría que haberte dejado pasar tan pronto.

Ella le observa con sorna antes de hablar.

—Bueno, Sam, no soy una clienta corriente. El gerente es mi marido. — Declara de repente y puedo jurar que ha alzado la voz para que la escuche mejor.

—Ex marido, querida. Adam no me perdonaría que no hiciera la aclaración.

Ella se ríe como si el comentario la divirtiera, pero puedo jurar por su expresión que no es el caso.

—¿Y dónde está? Si puede saberse.

—Adam vendrá más tarde. Tenía cosas que hacer —dice Sam sin dar más explicaciones y no puedo evitar sentirme de maravilla ante eso.

No sé si Adam está realmente ocupado o lo hace para evitar a su ex mujer, el caso es que yo me siento encantada. La tal Lilit no es tan guapa cuando se enfada y solo tengo que mirarla para comprobar que lo que digo es completamente cierto.

Capítulo 15

No veo a Adam en toda la noche y eso que no me muevo de la barra ni para los dos descansos que Sam me da para tomarme un refresco y desconectar unos minutos.

No se me escapa que la tal Lilit viene a pedirme a mí las copas ni tampoco que se muestra excesivamente amable conmigo cuando lo hace. De cualquier manera estoy tan ocupada que no tengo tiempo de pensar el motivo que la lleva a mí.

A juzgar por el modo en que coquetea tendría que estar acosando a Víctor y no a mí. Aparto el pensamiento y sigo trabajando hasta que no puedo más y me acerco a Sam para preguntarle por Adam.

—No creo que venga esta noche. —Me dice.

—¿Por qué? Creía que habías dicho que eran sus amigos los que daban la fiesta.

—Sus amigos no son el problema. —Explica en tono misterioso.

—¿Está enfermo?

Samael sonrío divertido por mi preocupación.

—No está enfermo. Solo pretende evitar conflictos difíciles de resolver.

Asiento aunque no he entendido nada de lo que ha dicho y sigo trabajando.

La noche resulta ser un completo fracaso. Tanto es así que le pido a

Víctor que me lleve a casa, ya que no tengo ganas de ir a desayunar al Majestic con mis compañeros. No solo es porque no estará Adam, también es por otras cosas aunque en este momento no sea capaz de enumerarlas.

Conforme nos vamos acercando al aparcamiento me doy cuenta de que el BMW de Adam está estacionado al lado del Toyota de Víctor.

Mi corazón da un vuelco cuando veo que la puerta se abre y Adam sale del vehículo. No sé si emito algún sonido o es por instinto, el caso es que siento la mirada de Víctor clavada en mí.

Sigo andando al mismo ritmo, no pienso demostrarle lo mucho que me afecta verle. Nos detenemos cuando llegamos a su altura.

—Buenas noches. —Saluda Víctor.

Adam le devuelve el saludo con una cabezada.

—Eva, ¿puedo hablar contigo un segundo? —me pregunta.

—Sí. —Acepto, nerviosa. No esperaba verlo y aquí está, delante de mí y pidiéndome que hablemos.

Víctor se aparta y lo veo entrar en su coche para darnos más intimidad.

—Creía que no ibas a venir hoy. —Le digo cuando veo que no tiene intención de hablar él primero.

—Y no iba a hacerlo.

Asiento.

—¿Por tu ex mujer?

No parece sorprendido de que sepa quién es Lilit.

—Así es. Lilit tiene tendencia a no aceptar una negativa. No quería que su actitud pudiera ser malinterpretada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te apetece desayunar conmigo? —me ofrece de repente, acariciándome la mejilla con la mano—. Tú eres el único motivo por el que estoy aquí.

Estoy a un segundo de responder cuando escuchamos un grito de júbilo y al girarnos nos topamos con Lilit, que se acerca corriendo hasta nosotros, a pesar del tamaño de sus tacones.

Cuando llega hasta nosotros se lanza encima de Adam, quien no tiene más remedio que sostenerla, para que no se caiga.

—Sabía que vendrías —dice y le da un beso rápido en los labios al que Adam ni siquiera intenta resistirse—. Te he echado de menos. ¿Me has echado tú de menos?

—Ya conoces la respuesta, Lilit —le dice completamente serio.

—Es cierto y, además, tenemos público. —Añade, y me mira directamente.

No dice nada más, pero logra que me sienta incómoda, como si estuviera interrumpiendo un momento íntimo y no al revés.

—Sí, bueno... Yo ya me marchaba. Buenas noches. —Me despido y doy un paso para salir de allí.

Adam hace el gesto de acercarse a mí, pero Lilit le retiene cogiéndole del

brazo.

Es Víctor quien me salva de sentirme estúpida, cuando sale del coche y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Buenas noches, chicos. —Saluda desde donde me está esperando.

—Buenas noches. —digo lo mismo y salgo disparada de allí.

—Eva. —pronuncia mi nombre Adam, pero no me espero a para comprobar qué quiere.

Me subo al coche y me pongo el cinturón como una autómeta.

—¿Estás bien?

—No. —Confieso.

—Te dije que esa mujer era peligrosa.

—No sabes cuánto. —Corroboro.

Capítulo 16

Me paso el resto de la semana planteándome si volver u olvidarme de mi trabajo como camarera. Recibo mensajes de Víctor y de Samael e, incluso Adam me llama un par de veces el domingo.

El lunes trabajo como una autómeta, el martes vuelvo a recibir dos docenas de rosas, pero como ya sé de quién son, ni siquiera me molesto en prepararlas. Llamo a mi amiga Jud para contarle los últimos acontecimientos y al parecer sueno tan desesperada que el miércoles y el jueves se pasa por casa para comprobar que estoy bien.

El viernes por la mañana tomo una decisión y preparo el ramo de rosas más bonito que he hecho nunca. Con él me voy a trabajar el viernes al Edén.

Jacob me mira sorprendido cuando me ve aparecer cargada con él, pero tiene el buen tino de no hacer ningún comentario.

Directamente me planto en el despacho de Adam, que por suerte está vacío, y pongo el ramo sobre la mesa. Busco algo que pueda servir como jarrón y doy con una botella grande de whiskey, seguramente de colección, la lleno de agua y pongo las flores.

Admiro mi obra, encantada. Abro el bolso y saco la tarjeta que he preparado para la ocasión. La dejo sobre las flores y salgo de allí completamente satisfecha conmigo misma.

Debo de estar de lo más sonriente porque Sam se acerca a mí y me

pregunta por el motivo de mi felicidad.

—Acabo de darle a Adam lo que se merece. —Le digo haciéndome la misteriosa.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que me he cansado de que me regale rosas y luego cuando aparece su ex pase de mí. Significa que ya me ha quedado claro que estoy trabajando aquí en contra de su voluntad, que si por él fuera seguiría sin tener acceso al Edén.

—¿Sabes? A veces las cosas no son cómo parecen.

Me encojo de hombros.

—Y otras son exactamente así.

Capítulo 17

No veo a Adam hasta mucho más tarde cuando ya hemos abierto las puertas y la gente está acumulándose en la barra pidiendo sus bebidas.

Lo veo desde lejos, porque ni siquiera se acerca a mí, lo que me crea cierta dualidad de sentimientos. Por un lado, siento que mi estómago se contrae con solo verle. Lleva unos vaqueos negros y una camisa del mismo color ligeramente entreabierta y, aunque no muestra nada, yo me imagino lo que hay debajo y mis piernas amenazan con no sostenerme.

Por el otro lado me cabrea que no venga a pedirme explicaciones por las flores o por la tarjeta, que no venga a ponerme en mi sitio, sea cual sea ese.

El problema es que está tan guapo como siempre y yo soy incapaz de mirarle sin recordar los momentos que he pasado a su lado, cómo supo hacerme vibrar entre sus brazos...

Me obligo a no pensar en ello y a no mirarle y centro mi atención en los clientes que tengo delante. De hecho, es gracias a ellos que descargo mi rabia disfrazándola de frívolo coqueteo.

Antes de que pueda hacer algo el setenta por ciento de los clientes masculinos del local están a la espera de que sea yo quien los sirva y estoy segura de que no tiene nada que ver con el vestido escotado que me he puesto esta noche. La barra de las chicas está tan vacía que hasta me da pena.

Estoy a punto de sentirme sobrepasada por el trabajo cuando siento que

Sam se pone a mi lado, con intención de echarme una mano. Me giro para ofrecerle una sonrisa agradecida, pero me quedo con la boca en un ictus extraño cuando veo que no es Sam sino Adam quien ha decidido remangarse a ayudarme a servir copas.

—No te entretengas tanto con los clientes, Eva. —Dice sin mirarme—. Esto está a reventar de gente.

—No lo hago. Me limito a servirles lo que me piden. —Me defiendo.

Puede que les regale alguna sonrisa o que les gaste alguna broma, pero no he dejado mi trabajo de lado en ningún momento para coquetear. Soy perfectamente capaz de hacerlo todo a la vez. ¿Quién se ha pensado que soy?

—Si lo estuvieras haciendo bien la barra se vaciaría en algún momento. —Dice provocándome.

—A lo mejor es que les gusta más esta barra que la otra. ¿Por qué tiene que ser eso culpa mía? Deberías estar contento de que atraiga a tantos clientes.

Veo detrás de Adam a Sam que me ruega calma con un gesto de la mano, pero sinceramente no tengo ninguna intención de calmarme. Estoy molesta, enfadada por muchas cosas y todas tienen que ver con el tipo que me está mirando con la misma expresión enfadada con la que lo miro yo.

—Porque estás coqueteando con todos y se creen que tal vez cuando acabe la noche elegirás a uno de ellos para marcharte con él. Por eso tu barra está llena. Por eso y porque eres la mujer más atractiva de todo el maldito local. —Me suelta de golpe—. ¿Es que de verdad no te das cuenta de lo que está

pasando a tu alrededor?

Sigo tan enfadada que ni siquiera me molesto en filtrar mis palabras.

—Es que a lo mejor lo hago, ¿sabes? A lo mejor estoy buscando a alguien que me alegre la noche. Alguien a quien no le importe repetir mañana y al otro y al siguiente... O que tal vez sea lo bastante hombre como para decirme al final de la noche, querida, ha sido maravilloso, pero no quiero verte más.

—¡Ni se te ocurra! —me dice en un tono demasiado tranquilo para lo alterada que estoy yo.

—Puede que seas el dueño del local, pero no tienes ninguna autoridad sobre mí. Puedo hacer lo que quiera, cuando quiera, donde quiera y, sobre todo, con quien quiera. —Me doy la vuelta para seguir sirviendo copas, pero antes de poder alejarme unos pasos, noto que me coge del brazo y tira de mí.

—Suéltame —ordeno al tiempo que trato de liberarme de su agarre—. No tienes ningún derecho a pedirme explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer.

Ni siquiera me responde por lo que no tengo más remedio que seguirle si pretendo cortar el numerito que hemos montado en público.

Me lleva por el pasillo que da la vuelta a las barras y acaba deteniéndose en su despacho. Sin siquiera decir una palabra me hace entrar en él.

Es la primera vez me fijo en él. La primera vez que entré a llevarle una copa, el descubrimiento de la factura de las flores eclipsaron el resto y hace un rato cuando he entrado para dejarle las rosas estaba tan enfadada que ni siquiera

me he molestado en cotillear.

Ahora me doy cuenta de que es impresionante. El techo representa un cielo estrellado y las paredes están pintadas del mismo modo por lo que parece que estás al aire libre.

—Tu despacho es muy bonito —digo fingiéndome indiferente—. Ahora, ¿me vas a decir por qué estoy aquí?

—Mi despacho es el Edén. Y tú estás aquí porque no puedo soportar más esta situación. —Dice muy serio.

—¿Vas a despedirme?

Adam me mira exasperado.

—¿Te digo que no puedo más y lo único que se te ocurre es que voy a despedirte?

—¿Vas a hacerlo?

—Eva, eres demasiado para mi cordura.

—Explícate. —Ordeno poniendo los brazos en jarras.

—De acuerdo. Siéntate.

—Prefiero seguir de pie, gracias.

—No vas a ponérmelo fácil. —Adivina.

—No veo por qué tendría que ponértelo fácil. Fuiste tú quien no tuvo las narices de decirme que ya no quería verme más, por lo que te limitaste a prohibirme el acceso como si fuera una delincuente. Fuiste tú el que ayer se marchó con su ex mujer.

—Sí que quería volver a verte. Y no me fui con Lilit, ella no tiene ninguna importancia en esta historia.

—Pues lo disimulaste muy bien.

Adam parecía nervioso. Soltó un suspiro de rendición y abrió la boca varias veces antes de hablar.

—No me fío de las mujeres.

—Eso ya lo había notado. —Confieso.

—¿De verdad?

—Bueno, era evidente que no te fiabas de mí. De haberlo hecho no habrías montado tanto numerito. Simplemente me hubieses dicho adiós y listo. Puedo asegurarte que ni te habría suplicado ni te habría insultado por no estar interesado en repetir.

—Es que no quería decirte adiós, Eva. Me gustas. Mucho. El problema es que la única vez que me dejé llevar por mis sentimientos me rompieron el corazón y no tengo ganas de volver a pasar por lo mismo.

—En ese caso no es necesario que me despidas, Adam. Yo misma me marchó. —digo con dignidad.

Tengo que salir de allí cuanto antes o voy a terminar por desplomarme delante de él y ya es todo bastante humillante sin necesidad que me vea hundirme.

Me he estado engañando a mí misma diciéndome que había aceptado el trabajo por el dinero, pero la verdad era que lo he hecho porque tenía esperanzas.

Estaba convencida de que, si me mantenía cerca, al final Adam volvería a mí. Lo malo es que acabo de darme cuenta de que mi fantasía era absurda y de que eso, no va a suceder.

—No, Eva, no quiero que te marches. ¿Todavía no lo has entendido?

—¿Qué hay que entender, Adam? Dímelo porque no lo sé.

—Me das un miedo mortal, Eva. Lo que siento por ti me asusta, por eso no quise volver a verte y, por eso no puedo dejar de querer estar contigo, porque tengo sentimientos por ti.

—Entiendo.

—¿De verdad? —me pregunta esperanzado.

—Por supuesto. Ahora necesito que me digas qué tienes pensado hacer al respecto o me iré inmediatamente de aquí y no volveré nunca más.

Veo cómo palidece al escuchar mis palabras y casi me siento culpable por presionarle de ese modo. Casi.

Durante los primeros segundos no hace otra cosa más que mirarme y cuando estoy a punto de darme por vencida lo veo moverse hacia mí. No tengo tiempo de ponerme nerviosa porque de repente me veo envuelta en un abrazo y su boca busca la mía con desesperación.

Me besa poniendo en el gesto el mismo anhelo que siento yo.

Su boca es posesiva, avariciosa. Hace tanto tiempo que no estamos así que siento que pretende recuperar el tiempo perdido con un único beso que lo dice todo.

Cuando por fin nos separamos me mira con una sonrisa tímida.

—¿Te parece bien para empezar?

—Para empezar —acepto—, pero solo para empezar.

Asiente y antes de que me dé tiempo a entender lo que sucede escucho el ruido que producen contra el suelo los documentos y carpetas que Adam tenía sobre su escritorio. Me excito al comprender que está haciendo sitio para nosotros.

Con cuidado me inclina sobre el escritorio y me besa el cuello, los hombros. Con cuidado tira del dobladillo de mi vestido y me deja en ropa interior. Así medio recostada contra su escritorio, lo veo moverse hacia la puerta y cerrarla con llave.

Cuando regresa a mi lado, se coloca entre mis piernas abiertas y se saca la camiseta por la cabeza. Me ofrece una sonrisa traviesa mientras saca una rosa del ramo que he traído y le arranca los pétalos.

Mi conexión con él es tan intensa que sé lo que va a hacer antes si quiera que lo haga. Alza la mano y deja caer los delicados y perfumados pétalos sobre mí.

—Eres preciosa. —Señala y se inclina de nuevo sobre mí para besarme.

Ansiosa por sentirle más cerca enredo mis piernas alrededor de su cintura y lo atraigo hacia la zona donde estoy más necesitada. Él sonrío sobre mi boca, pero se acerca obediente.

—¡Desnúdate! —pido al tiempo que me deshago de lo poco que me

queda puesto.

—A sus órdenes.

No puedo evitar sonreír porque me siento bien, mejor que bien. Ya había perdido la esperanza de tener a Adam tan cerca de mí de nuevo.

De repente me invade el deseo de sentir su peso. Con cuidado me cuelgo de su cuello y lo arrastro conmigo hasta el escritorio.

—Muy deprisa. —Se queja sobre mis labios.

—No puedo esperar.

—Sí que puedes. —Sus labios bajan por mi garganta y se detienen en mi pecho. Me recorre un escalofrío cuando succiona mi pezón mientras sus manos le dedican sus atenciones a mi otro pecho.

—De acuerdo —acepto entre jadeos—, esperaré.

Parece divertido con mi rendición de modo que es mi turno para ponerle nervioso.

A tientas busco su calor y cuando doy con él está duro y ardiente y tan suave como lo recordaba. Le acaricio con cuidado, tentándolo más que presionándolo y soy consciente del momento exacto en que se rinde.

—No esperemos. —Dice apartándose lo justo para volver a la carga de un envite certero y profundo.

—Te he echado de menos. —Confiesa mientras se mueve dentro de mí.

—Yo también a ti.

Mi capacidad para razonar se esfuma cuando marca un ritmo más intenso

y rápido y ni siquiera cuando el clímax me alcanza soy capaz de hacer algo más que caer en un agradable coma inducido por el placer.

Tardo más de diez minutos en volver a ser yo.

—Ahora vamos a tomarnos el tiempo que merecemos. —Me dice Adam con picardía.

—No podría estar más de acuerdo. —Acepto, encantada.

Epílogo.

Mi relación con Adam se ha ido consolidando poco a poco. No ha sido fácil porque, aunque casi desde el primer momento aceptó lo que sentía por mí, lo demás ha ido llegando en pequeñas dosis.

Sé que todavía tenemos mucho que aprender el uno del otro, pero tenemos tiempo y eso me tranquiliza.

En el Edén todo marcha de maravilla.

Sam sigue con ese punto misterioso que me muero por desentrañar y Víctor parece resignado a que Adam y yo estemos hechos el uno para el otro.

De hecho me ha demostrado que es un gran amigo. No me hizo sentir mal cuando lo mío con Adam se hizo público y siempre he sentido su apoyo en cada cosa que he hecho desde que trabajo aquí.

El otro día traje a Judith al Edén y Sam me sorprendió al ofrecerle a mi amiga un Red Apple, no obstante el gesto no se quedó ahí. Sino que Sam instó a Víctor a acercarse y vi como mi amigo servía dos copas una para Jud y la otra para el propio Víctor, quien parecía tan sorprendido por el gesto de Samael como yo.

No puede evitar sentir que estaba viviendo un *déjà vu*.

De hecho horas más tarde mientras dormía junto a Adam la imagen regresó a mí con fuerza y no pude evitar quedarme con la sensación de haber sido testigo del inicio de la historia de otra persona.

Una historia con el Red Apple como denominador común.

¿Tendré razón?

¿Tendrá el combinado prohibido algún efecto que desconozco?

¿Habrá alguna historia nueva detrás de ese momento?

¿Seré testigo de ella?

Sea como sea prometo estar ojo avizor, por si acaso.

Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, Un amor inesperado (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la bilogía juvenil Lazos Inmortales (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de Quédate esta noche (Kiwi), Íntimos Enemigos (Versátil), Una cita Pendiente (Versátil), Una noche bajo el cielo (Kiwi), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Solo un deseo (Zafiro. Planeta), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil) Un beso arriesgado (HQÑ) e Igual te echo de menos que de más (Los Libros del Cristal), Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor (Los Libros del Cristal), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora



HQN™

OLGA
SALAR

Di que *Si*

he loves me

he loves me

he loves me not

he loves me not

Di que sí

Elba Vilanova es una exitosa periodista y madre soltera de una niña de doce años. Por casualidad conoce a Efrén Ventura, famoso músico de rock e ídolo de su hija, y salta la chispa. Cuesta mantener la indiferencia ante el encanto del artista, pero todo cambia cuando aparece en escena Max, padre de Alma, desaparecido años atrás. Max ignora la existencia de su hija, y su llegada pondrá a Elba entre la espada y la pared. ¿Debe continuar la historia con una salvaje estrella de rock más joven que ella o darle una oportunidad a su primer amor y tener por fin la familia con la que siempre ha soñado?

Olga Salar una ofrece una historia irresistible con un difícil dilema y unos personajes atractivos y sugerentes... tanto los principales como los secundarios.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA
SALAR

*Un beso
arriesgado*



Un beso arriesgado.

Efrén Ventura, famoso músico de rock que tiene cautivado al público femenino, va a toparse con la prueba más dura a la hora de obtener inspiración para su próximo álbum: la bella joven que lo atrae y lo confunde es su mejor amiga... y periodista. Verónica, rubia y sexy, conoció a Efrén por medio de una amiga en común del periódico donde trabaja, y las llamadas ocasionales se han ido transformando en largos ratos de secretos y confidencias. Efrén es dulce, atractivo e irresistible, con un gran sentido del humor, pero no parece querer más que una amistad. Para colmo, el jefe de Verónica quiere que lo entreviste en calidad de superestrella. Con el recelo que los famosos sienten hacia los periodistas... ¿Será posible cruzar esa barrera? Verónica cree que sabe todo de él, menos lo que siente de verdad cuando la mira.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR



En *Deletréame Te quiero* nos encontramos con Irene, una maestra de vocación, que está decidida a enseñar al que no sabe, aunque la lección sea el amor y el precio sea una apuesta que no está segura de poder satisfacer.

Aprender a amar es, a veces, la lección más difícil de enseñar o asimilar.

Irene tiene un carácter protector que la lleva a estudiar Magisterio infantil y a proteger a todas las personas a las que quiere. Movida por ese afán de cuidar a sus seres queridos, sale con su hermana mayor a una discoteca para celebrar que esta vuelve a ser una mujer libre. Sin embargo, su noche se irá al traste cuando el hombre que la ha cautivado se interese por su hermana en lugar de por ella.

Aunque el detalle la dejó tocada, Irene no habría vuelto a pensar en ello de no ser porque el primer día del curso escolar se topa con una sorpresa entre la fila de padres que acompañan a sus hijos al colegio.

Desde ese momento, tendrá que lidiar con una niña huérfana de madre que apenas habla y que se aferra a ella en busca de afecto, y con el padre de la pequeña y su descomunal ego, solo comparable a su atractivo.

Como era de esperar, el amor llegará despacio y casi sin darse cuenta, entre relatos de lobos y cerditos arquitectos, gatos abandonados, letras y desencuentros cargados de química.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR

contigo
lo quiero
todo



Contigo lo quiero todo.

¿Puede el hermano, amigo y profesor perfecto ser un desastre en el amor? ¿O es que el amor para ser real debe ser imperfecto?

Camden Nash era el hermano perfecto, el profesor enrollado y el mejor amigo que una chica podía tener. Sus carencias se centraban en el terreno sentimental, precisamente el campo en el que estaba interesada Charlotte Shepard o, más bien, en el que había estado interesada hasta que una delatora mancha de carmín le mostró lo que se había negado a ver: que Camden no era el tipo de hombre que se interesaba por mujeres inteligentes, independientes y formales como ella. Por eso había apartado de su mente y de su corazón los sueños románticos y se había centrado en lo único que en ese instante necesitaba de él: su privilegiado cerebro. Imprescindible para terminar el proyecto del curso de verano que el decano les había obligado a impartir juntos. La pega era que por mucho que Charlotte deseara trabajar con Camden vía email, iba a tener que transigir y quedar con él... a solas.

Aunque, bien mirado, tampoco era un problema. Después de todo, ella no era su tipo, ¿no?

[1] Tu cuerpo es poesía, háblame, ¿no me vas a dejar ser tu ritmo esta noche? Mueve tu cuerpo, mueve tu cuerpo. Quiero ser tu musa, usa mi música, y déjame ser tu ritmo esta noche. Mueve tu cuerpo, mueve tu cuerpo. Tu cuerpo es poesía, háblame, ¿no me vas a dejar ser tu ritmo esta noche?

[2] He buscado amor en cada desconocido, tomé demasiado para calmar la ira. Todo por ti, sí, todo por ti. He estado corriendo a través de la selva, he estado aullando con los lobos para llegar a ti, llegar a ti, llegar a ti.